

CAPÍTULO III.

EL PROFETA.

Los rientes valles de Thuringia resuenan con el siniestro ruido de la guerra. En la entrada misteriosa de las cavernas, donde los caballeros de la poética y dulce Alemania iban á preguntar por la Venus antigua en sus antros encantada, y que á su vez solían encantar á los viandantes; ya no se ven peregrinos, sino centinelas. Aquellas rocas basálticas, vomitadas por prehistóricos y apagados volcanes, parecen fortalezas ceñidas de guarniciones sobre las armas y en continua vigilia y en eterno acecho. Los vientos que bajan del Hart, aromados por la respiración de los seculares bosques, no llevan el suspiro de las divinidades, antes ocultas, como almas sin cuerpo en sus ráfagas; el rumor de las batallas ha expulsado

aquellas muchedumbres de dioses como los tiros de los cazadores asustan y alejan á las nerviosasavecillas. Cuando algún alemán se detiene por tales sitios, no pulsa la lira ni entona la canción de otros tiempos, recuerda para enardecer los ánimos y sublevar el sitio sacro, donde perecieron las legiones de Varo y donde Arminio se desquitó en una victoria tremenda y terrible de los largos cautiverios y los largos martirios sufridos por su heróica raza en las ergástulas, en las genmonias y en los circos. La revolución religiosa predicó la igualdad de las almas en el seno de la Iglesia de Cristo y la revolución social predica la igualdad de los derechos en el seno de la sociedad de Alemania. Como humildes y oscuros frailes, antes de aquel tiempo estatuas funerarias erigidas sobre las losas de los sepulcros, derribaran la sede pontificia en tierra, y destruyeran la monarquía secular de los pontífices; pobres campesinos, alzados un día en armas al soplo de la revolución universal, derribaban aquellos castillos feudales, que fueran como el calabozo de sus padres. Y he ahí por qué los valles de Thuringia resonaban todos á una con el estruendo de las armas; y las verdes praderas de la Alemania meridional

y central se teñían, todas á una también, de roja hirviente sangre.

En una de las poblaciones de Thuringia pasa dramática escena, cuya descripción juzgamos indispensable para el conocimiento de nuestra historia. El teatro tiene un carácter esencialmente germánico, y corresponde con verdadera correspondencia, y por completo, á su tiempo. Es irregular plaza de bien desigual empedrado. En uno de sus rincones brilla gótica fuente, sobre cuyo tope campean litúrgicos animales, en remembranza de los sacros Evangelios, el águila, el toro, el león, el caballo, sujetos sobre columnas airosas, entre guirnaldas de piedras, por cuya hojarasca, esmaltada de limo, gotea la clara y corriente agua. Por un lado y otro descúbrese dos hileras de casas con góticas ventanas adornadas, cuya monotonía y uniformidad rompen miradores amplísimos semejantes á gabinetes aéreos, y en los cuales herrajes de finura exquisita y plomos artísticamente dibujados sostienen una cristalería verdosa, de vez en cuando adornada por pinturas simbólicas. Estas casas de piedra, cincelada muy artísticamente, alternan con casas de madera más plebeyas, y de cuyas tablas se adelantan, á pesar de su mo-

destia, gigantescos balcones sombreados por amplios aleros de triangulares empinadísimos tejados. Ninguna proporción, absolutamente ninguna entre aquellos edificios; ningún alineamiento, ningún género de armonía. En las calles uniformes de Pompeya, veis la igualdad social de la gente latina, y en las calles desiguales de Alemania, en sus casas á veces aisladísimas por los centros de numerosa población, dispares y deformes, veis el individualismo un tanto anárquico de la tradicional complexión alemana. La vista, sin embargo, se recrea en las torrecillas aéreas erguidas sobre los altos techos, con sus aspilleras abiertas en el vientre y sus coronas de almenas en las cimas. Aquí festones parecidos á encajes, allí parras y yedras esculpidas, allá genios alados; el escudo heráldico junto á la puerta señorial y bajo los canalones sostenidos en cariátides, canéforas, faunos, geniecillos alados, y bizarras y originales quimeras. Por el fondo sólido puente con parapetos también esculpidos, y tras el puente, gótica y airosa catedral con su triple puerta, entre cuyos triángulos se ven desde las escenas bíblicas del primitivo Edén, hasta las escenas apocalípticas del Juicio final; y sobre los triángulos

rosetones, por cuyos espirales de follaje brillan vidros cubiertos de místicas figuras; y sobre los rosetones, agudo y altísimo campanario, cuya elevada y aérea flecha, concluida por aurea cruz, se pierde y brilla como una constelación brillantísima en los esmaltes del aire.

Por todas aquellas ventanas, en los miradores y en las torres, sobre los aleros de las techumbres, agarrados unos á las paredes en guisa de inertes y frías esculturas, caballeros otros en los canalones que parecen doblarse al peso, coronando las fuentes, de pié sobre los guardacantones y sobre los parapetos una inmensa muchedumbre, quien aguarda extraordinario espectáculo anunciado por el repique de las campanas, el redoble de los tambores, el chirrido de los clarines, el estruendo de las voces, el resuello y el anhelo de la universal curiosidad. ¿Quién viene? Cualquiera diría que era el Emperador Carlos V en persona, por los pajes de vestidos recamados y de plumas multicolores, por las lanzas señoriales vibradas como en las grandes procesiones históricas, por los heraldos con sus trompetas en los labios, por los nobles sumisos, por las muchedumbres armadas, por el esplendor

de una corte que nadie hubiera creído fuese improvisada en los espasmos de una revolución, y marchando sobre las centellantes alas de un relámpago á impensada é irreparable catástrofe.

Aquella muchedumbre se hallaba compuesta del ejército de los campesinos insurrectos, á quienes se habían unido algunas lanzas y tercios del antiguo patriciado germánico. Era el personaje, objeto de tan grande admiración y jefe de las cohortes, un misterio de los muchos guardados por la historia en sus varios y riquísimos anales. Se llamaba Muntzer. Por sus venas corría disuelta, como si fuera el hierro colorante y sanguíneo, la idea vivaz de la emancipación del siervo, pegado como los árboles al terruño, y oprimido por la sombra nefasta de los feudales castillos antiguos.

La pasión latía en su alma con igual constancia que latía el corazón en su pecho. Así como éste no podía suspender los latidos en el pecho sin hacerle morir, aquella no podía suspender los latidos en el alma sin hacerle dejar de ser quien era. En su alma el odio se extremaba tanto como el amor, á manera que en las montañas, donde se mezclan las lavas con las nieves. Pocos hombres te-

nian tantos motivos como él para odiar las instituciones feudales. Al amanecer en su alma la razón había visto colgado á su padre de la horca señorial, y este recuerdo le acompañó hasta la última hora de su terrible y trágica existencia. Como las plantas al calor de los trópicos, los hombres florecen ó maduran pronto al calor de las revoluciones. A los quince años sabia Universidad le decretaba la corona de doctor, y á los diez y seis cantaba misa en el altar mayor del piadoso convento. A los veintidos años, ya era predicador, tribuno, profeta. Ezwilkau en Thuringia fué la primera población, donde apareció con el verbo revolucionario en la elocuente boca, y el ejército plebeyo á sus espaldas. Su complexión tenía por principal calidad la fortaleza. Su ceño llevaba siempre una sombra parecida de suyo al presentimiento de la muerte. Por más que penetraba en las ciudades y vivía la vida social, conservaba siempre las inclinaciones á la libertad sin límites, y al deseo de andar errante, como el ciervo suelto, por los campos inmensos y las inmensas soledades. En tal estado de ánimo atraía en torno suyo innumerables muchedumbres, y rechazaba los amigos fraternales é íntimos. Amoroso

de la humanidad y con los hombres arisco, unía de suyo á sentimientos generosos pasiones mezquinas. Aunque ambicioso, como cuantos se mueven mucho, la mayor de sus ambiciones consistía en procurar la salud y la redención de todos los oprimidos con la ruina y el castigo de todos los opresores. Ningún hombre, ninguno, enajenó jamás su personalidad con enajenación semejante á la de este hombre singular y extraordinario. A la palabra más elocuente reunía y sumaba la acción más enérgica. Su lógica no se paraba jamás ante ninguna consecuencia por absurda que fuese, ni su voluntad ante ningún obstáculo por insuperable. Podía decirse que se asemejaba en sus pasiones á la zarza del Oreb consumida por un fuego, entre tempestuoso y ethéreo. Comenzaba sus discursos con balbuceos de niño; y cuando la vehemencia le movía y exaltaba en sus impulsos, concluía los moviendo un fragor semejante al de las espumosas cataratas en sus gigantescos arrastres, y al de los niveos aludes en sus titánicos desplomes. Desde los comienzos de su carrera casóse indisolublemente con la muerte; y no se despertó día, en que dejase de recordar el sepulcro. Ya sabía él que todo parto social es tan sangriento como

todo parto natural, y que no se genera ni produce ningún sér sin darle por lo menos una parte de la propia vida. Su palabra semejaba en su estruendo al graznido de los cuervos, que aleteaban sobre los pobres ahorcados en las horcas feudales; al bramido de las muchedumbres en cólera cuando se desatan y encrespan; al eco del clarín guerrero mezclado con el tañido de la campana de rebato; al treno y lamentación del profeta hebraico en las orillas del Eufrates; al encrespamiento de los pueblos en las espirales de las guerras civiles; á todo aquello que retumba en una sociedad tempestuosa y revolucionaria.

Muntzer entró en la población rodeado de todos los suyos. Más que un predicador evangélico parecía un guerrero romano. Casco de acero cubría su cabeza, cota de malla señalaba las líneas de su cuerpo; en una mano asía el escudo áureo y en la otra vibraba, como si fuese un rayo, la centellante lanza. Blanco caballo, con gualdrapa roja le sostenía y lo llevaba con gallardo aire.

Así pasó á los ojos estáticos de la innumerable gente, como una increíble aparición fantástica, tanto más extraña cuanto que no se detuvo ni un minuto, á manera

de los bólicos, que cruzan errantes por los cielos estrellados de nuestras noches de esto, dejando en la vista y en la imaginación su incierto centelleo y su blancuzco y semi-azulado rastro. Pocos momentos se detuvo el jefe de los campesinos en la ciudad alemana. Cuadraba mucho más el campo que las poblaciones á su inquieto temperamento. Después de pasar en aquella guisa y con aquel disfraz entre las muchedumbres, refugióse al pié de una colina, sobre la cual tendía un gran tilo su grata sombra. Despojóse allí de su traje de gala y se vistió rojo dormán de largos pliegues, y se cubrió con amplio sombrero blanco de flexible fieltro. Su cuerpo era menudo, su estatura corta; pero hermoso el rostro, de una corrección escultórica, por vivos ardientes ojos animado, y con algo de aspecto litúrgico, por el corte semi-oriental, de lengua y espesísima barba. En el refugio de la colina y bajo el tilo, á un lado estaba su mujer, á otro su hijuelo; pero no les miraba en el silencio y reposo de sus absorciones místicas, el Profeta, decidido á olvidar los seres que le ataban al mundo, para sumergirse con sumersión verdaderamente mística en las ideas que le ataban al cielo.

Aunque su mujer le miraba con exaltado amor y su niño le cogía las rodillas, Muntzer se apartaba de ellos, temiendo, como hemos dicho, que le recordasen cuánto había en él de terrestre, cuando deseaba conservar su aspecto celestial. Alzado en la cima del montecillo, tenía separada de sí, á cierta distancia, la informe muchedumbre de sus soldados y de sus discípulos. Algunos centinelas, colocados de distancia en distancia, celaban sus pasos y seguían sus movimientos, para preservarle de tantos enemigos como le suscitaban las pasiones exaltadas en el furor de la revolución religiosa. Dios para unos, diablo para otros; en el momento de reposar, tras las grandes emociones producidas por su recepción, se le aparecían como los fantasmas de una linterna mágica, grandes y varios sucesos de su agitada vida. En tantos siniestros cuadros, ninguno le atormentaba como la horca donde pereciera su padre. Parecía-le ver al que le diera vida y alma de su amor, agonizando, con la soga terrible al cuello y el cuerpo colgado al aire, entre las sombras de los verdugos y los aleteos de los cuervos y las risotadas de los escuderos y de los señores feudales. A tal recuer-

do su corta estatura se alargaba, sus vivos ojos se enardecían, su rostro tomaba el aspecto de todos los odios serviles juntos como si fuera un verdadero ángel exterminador, dispuesto á esgrimir su espada blandida con furor en las coronas y en las tiaras de todas las potestades existentes.

Y mientras sentía esta interior agitación condensábanse las alteradas muchedumbres en torno suyo y le pedían lo que á ellas les gustaba, como el pan mismo de su espíritu, la exaltada palabra, manando de sus labios y cayendo á torrentes sobre todos en ráfagas huracanadas de contradictorias ideas. Cuando ya las muchedumbres crecían mucho y se atropellaban en gran golpe á su presencia, rompiendo el estrecho círculo trazado por los centinelas, Muntzer no podía contener su espíritu dentro de sí mismo; y como buen orador lo despedía y lanzaba fuera de sí en discursos tan exaltados y furiosos, como este discurso, que aquí trascribimos á la letra:

«Nada de ambajes, decía en su exaltación; todos los señores que dictan órdenes arbitrarias, porque así les pasa por la cabeza y que imponen tributos, tarifas, peajes; todos corruptores, malversadores, cohecha-

dores, merecen el nombre de bandidos. Y una pronta estrangulación debía matarlos á esos sucesores de Maab, de Phalaris y Nerón. Las Santas Escrituras no los llaman servidores de Dios, sino serpientes y lobos. No temáis nada, jornaleros; uníos y no retrocedáis jamás. Si retrocedierais, os perderiais vosotros y perderiais á vuestras mujeres y á vuestros hijos. Los que teman la muerte, quédense en su casa. Mil resueltos valen por cincuenta mil indecisos. Si no vencéis en ese combate, ¡ay de nosotros y de nuestros hijos! Antes de la guerra prestabais corvea con vuestros caballos y bueyes, después, os uncirán al carro y á la carreta; antes de la guerra levantabais un seto para preservar vuestros campos de la caza, después, os forzarán á sostener y alimentar la caza en vuestras propiedades; si antes os han arrancado los ojos, después se los arrancarán á quienes os guían; si antes habéis sido siervos, después seréis esclavos. ¡Ah! Os venderán como se vende un caballo ó una vaca. En cuanto respiréis prendrán vuestros cuerpos como rebeldes, os privarán de luz y de alimento; y después de haberos hecho pasar por el potro, concluirán por empalaros. Vuestras hijas serán

mancebas de vuestros opresores y vuestros hijos lacayos, obligados á llevar sus propias hermanas á los déspotas para que las violen primero, y luego las despidan y las arrojen, como un limón al cual se ha sacado el zumo. Mirad que sólo podéis ser vencedores. Vuestra vida es peor mil veces que la muerte. No prestéis atención á la voz de esos hombres, empeñados en probaros con textos del Evangelio que, teniendo el derecho de ser libres, debéis inclinar la cabeza y tenderla humildemente al yugo de la servidumbre. Son medio hombres, que por temor á la muerte, prefieren hacerse indignos de la vida. Los pueblos libres, solamente son pueblos cristianos. Un pueblo que no es libre, tampoco es digno de serlo. Seamos libres primero; y luego seremos cristianos, para vivir según la ley de Dios.»

Estas palabras conmovian á las muchedumbres circunstanciales hasta el extremo de hacerlas delirar y caer en verdaderos espasmos de frenético entusiasmo. Unos lloraban, como si cualquier pariente cercano se les hubiera muerto, á gritos y sollozos. Otros se caían, como cuerpos inertes, en el suelo; y á los pocos minutos comenzaban á

dar saltos convulsivos, cual si tuviesen ataques de verdadera epilepsia. Demandaban estos las armas del combate, y pedían aquellos que les condujesen á la muerte por el profeta y por sus profecías, seguros de despertar en los cielos si desaparecían del mundo por tan caros y luminosos principios. Así es que la gente plebeya, oprimida en su conciencia, falta de hogar y derecho, sin una piedra donde reclinar la frente, víctima de cien privilegios seculares, veía en aquella veheméntísima elocuencia el Apocalipsis de su libertad, y en aquellos discursos el principio de su emancipación. Y todos á una clamaban con universales clamores á fin de que los condujeran al empeño formidable, donde habían de romper sus pesadas cadenas y recabar su emancipación necesaria. Nada tan curioso como el cúmulo de quejas que los pobres labriegos daban al místico tribuno, encomendándole unas veces el remedio de sus males y otras veces el desquite ó la venganza.

Hablábanle como si delegado de Dios estuviera en sus manos el remedio de las enfermedades históricas, y la emancipación, y la libertad de los opresos.

—Muntzer, decía uno, me han quitado

las tierras, que de tiempo inmemorial mi familia labraba.

—Han cogido mis señores la cosecha de mis arbustos, exclamaban otros, y sólo me han dejado las hojas y las espinas.

—Han apresado mis ovejas como si fueran piezas de su cacería.

Decía un pastor.

—Me han obligado á velar, exclamaba un rústico, para guardarles á mis señores el sueño; y porque tras tan larga vigilia me dormía de pié, hanme dado tormento; y enseñaba el interlocutor sus heridas.

—Ahorcaron á mi padre, sin más delito que haber querido defender contra los tiranos el fruto de su trabajo.

Y con sollozo terrible remataba esta confidencia con la cual se unía otro sollozo de Muntzer.

—Me han privado de mis hijos que parecen tragados por la tierra y recludos en las sepulturas, las cuales no devuelven jamás sus presas.

Decía un padre cuyos ojos se habían agotado.

—Profeta; pago una corvea imposible. Gritaba tal labrador.

—Muntzer, porque me quejé del derecho

de mano muerta pretendido por los señores sobre los bienes de los plebeyos, me han cortado la mano derecha.

Y el pobre manco enseñaba su brazo concluido por asqueroso muñón.

—Me han abrasado, haciéndome atizar sus hornos.

Decía uno semejante á osificada momia.

—Me han helado, constriéndome á imponer silencio á sus ranas durante largas y frías noches.

Y mostraba, en pobre lazarillo apoyado, sus piernas paralíticas.

—Me han dejado viuda y han dejado huérfanos á mis hijos, porque mi esposo y padre matara un zorro en las selvas señoriales. Apedreándole han concluido con su vida y con mi corazón.

—Mirad; mi cuerpo es una llaga, porque me han perseguido y acosado como pueden perseguir y acosar á los jabaltes en sus monterías.

—Callad, exclamó el pobre Muntzer, al oír todos aquellos horrores. Ya no es hora de quejarnos; es hora de combatir. Camaradas, el mirar apagado, los labios lívidos, la frente arrugada, las manos callosas, el vacío estómago, piden remedio. Venid en torno

mío, para que caigamos todos como una montaña de seculares venganzas sobre los altos castillos, y los aplastemos bajo la inmensa pesadumbre de nuestros eternos rencores. Todos de pié; salid, pues, del terruño como salen los lobos hambrientos en las terribles noches invernales. Salid de las minas, como resucitados que vuelven de sus tumbas. Y no descuidéis, no olvidéis vuestros martillos y vuestros yunques; porque son los llamados á derribar las murallas y las fortalezas del deshonor y del privilegio. Machacadlos, machacad á los soberbios noche y día. Cavad los cimientos de sus palacios para que se vengan á tierra. Despedid de vuestros martillos chispas, las cuales sean cada una de por sí tan devastadoras como cien manojos de rayos despedidos por las nubes del cielo. Machacad, machacad á los que engordan, absorbiendo por sus poros vuestro sudor, y se llevan en sus labios cancerosos las primeras mieles del amor de vuestras hijas. Nada de misericordia. El Eterno en su ira los ha entregado á merced por completo de vuestra implacable justicia. Corramos, pues, á buscarlos y mostrémosles toda la fuerza de nuestro brazo y todo el poder de nuestra cólera.

- Vamos.
 Decían estos.
 —Al combate.
 Gritaban aquellos.
 —Mueran los señores feudales.
 Clamaban todos á una.
 —Y que caigan los castillos.
 —Y que ardan los bosques.
 —Y que los fosos se colmen con sus huesos.
 —Y que los campos se abonen con sus despojos.
 —Y que nos ilumine á todos por nuestro camino, en vez de antorchas, incendios.
 —Y que los manes de nuestros padres queden vengados.
 —Lanzándolos á la muerte, de seguro los lanzamos al infierno.
 —Que nuestros odios se difundan por mil generaciones, hasta la consumación de los siglos, y los tataranietos de nuestros tataranietos no dejen vivir en paz ni un minuto á los descendientes de sus nefandos opresores, aunque hayan caído en la impotencia y en la miseria.
 —Pensad en el Eterno también, dijo Muntzer, y acordáos de su revelación y de las verdades que ha dejado grabadas en vuestros

tros espíritus, mucho más luminosas que las estrellas de sus cielos. El Sinaí oyó la revelación del Padre; oyó el Calvario la revelación del Hijo; y oye ahora esta colina la revelación del Espíritu. Unas Tablas bastaron para contener toda la revelación bíblica, las Tablas de la Ley; un libro para contener toda la revelación cristiana, el libro de los Evangelios; para contener la revelación espiritual no bastará ni la inmensa extensión ni la insondable profundidad del humano espíritu. Sér, Verbo, Idea: hé aquí la teología sublime que ha ido desarrollándose á los ojos atónitos de la humanidad, esclarecida por místicos y sublimes resplandores. En el Sér se sumergieron, como en vastísimo insondable Océano, los ídolos. En el Verbo se iluminaron, como los planetas en el sol, todas las eminencias. En la idea el Universo y el Espíritu se avivan y encienden. La primera de las revelaciones transformó la inteligencia y la segunda el sentimiento; esta tercera transformará la sociedad. El Padre nos dió la vida; el Hijo la luz; el Espíritu nos dará la libertad. Desde este día creador, ya no habrá reyes ni vasallos; ni nobles ni plebeyos. En el seno de una sociedad enteramente li-

bre vivirán los hombres de un solo y mismo espíritu, que será el verdadero Espíritu divino. Caigan, pues, los conventos, esas ergástulas de las almas; y caigan los castillos, esas ergástulas de los cuerpos. Quémense las pinturas y las efigies representativas del sofisma y del engaño, que provocan y mantienen la idolatría. El nuevo espíritu debe romper el viejo mundo, como rompe la pobre avecilla, que trae alas, gorgeos, alegría, vida, el huevo donde se ha empollado y ha sentido el primer calor de la vida. Nada de representaciones materiales para expresar el sér inefable, que no cabe ni en el espacio ni en el tiempo. La idolatría vil ha querido encerrar al Sér, que con su soplo encendió la lumbre del sol y con su aliento derramó la vida en el éther, dentro de un marco, en tosco lino encerado, como una mosca prendida en polvorosa telaraña. Destruyamos, pues, todas las manifestaciones externas de un culto idolátrico, y elevémonos en espíritu y verdad hasta la invisible pura idea, en la cual veremos, como en claro espejo, la santa libertad interior nuestra; y en esta santa libertad interior el principio de los principios, aquel por cuyo triunfo queremos pelear y

morir todos á una, la igualdad de los hombres en el derecho, dirigidos y regulados por la santa noción de justicia. Mas la fuerza y la tiranía por todas partes han levantado insuperables obstáculos al reinado digno del Espíritu y al cumplimiento social de la igualdad. Como Faraón quiso ahogar en el Nilo misterioso la sacerdotal raza, depositaria de la doctrina bíblica del Sér, del Padre; como Nerón quiso extirpar en los circos romanos y en sus crueles tormentos la primitiva Iglesia, depositaria de la doctrina evangélica del Hijo, del Verbo; los tiranos de Alemania quieren volcar esta colina, cátedra de pestilencia según ellos, porque difunde la última de las revelaciones, la que se inspira en la justicia eterna y va derechamente al bien de todos los hombres por medio y virtud de las tres palabras grabadas en nuestra bandera de guerra, que son: «Libertad, igualdad y justicia.» Sus, pues, esclavos: sus, contra quienes os tratan peor que á los perros de caza y á las fieras del monte. Sus, contra los que os arrancan el corazón y los hígados, para comérselos en sus espléndidos festines. Sus, contra todos los opresores, contra todos los criminales, contra todos los infames, contra todos los

enemigos del género humano, que llevan, como signo de su perversidad la maldecida corona, espléndida gloria para ellos, y horrible clavo de servidumbre y de infamia en vuestras frentes. Palas, azadones, martillos, arados, piquetas, picos, hoces, leznas; todo sirve, todo, para nuestra obra de ruina y exterminio. Emplead, pues, esos instrumentos creadores de trabajo, como instrumentos exterminadores de guerra y de combate. Sus, que los campesinos, los cordeiros, se vuelvan batalladores tigres.»

La excitación terrible halló muchedumbres preparadas para la guerra y el combate. «Los reyes de Alemania, decía Hutten, son lobos hambrientos; los obispos, á su vez, perros de caza, por el Papa soltados contra el pueblo, quien sólo hallará su salud en una formidable liga fuerte y sólida.» Como Lutero se opusiese á esta liga, Muntzer le rogaba en estos términos: «Los principes de la tierra son los perpetradores del despojo universal. Ellos nos han robado el trigo, la leña, la pesca, la caza; y luégo nos dicen que no volvamos á recuperar lo nuestro, porque Dios castiga en su furor á los ladrones. Y su magnifico doctor, el embustero Martín, aprueba todo esto. Desvergon-

zado, mentiroso de Witemberg, ya te castigaremos duramente. Los campesinos, agobiados por el yugo feudal tan horrible, le sacuden á una. Desde las verdes campiñas de Salzburgo hasta las oscuras riberas del Mein arde la guerra. El castillo, residencia de los jefes un día de la orden teutónica, es entrado á saco y á cuchillo, sus defensores inmolados. Los Condes de Hohenloe tienen que ponerse la estameña del campesino y servir á los insurrectos como esclavos. En señorial y antiguo palacio, bajo las bóvedas doradas, sobre las alfombras de Persia, en mesas llenas de transparentes vajillas y argentería deslumbradoras, los campesinos comen los manjares, servidos de rodillas y beben las copas escanciadas, con temblor, por los antiguos magnates, reducidos á servidumbre. Cuarenta palacios-fortalezas, doscientos monasterios y abadías desaparecen de la tierra en pocas semanas, como si los hubiera consumido el fuego de una tempestad, ó los hubieran tragado las grietas de un terremoto. «Muerte á los gaudules,» se oye por todas partes. Muchos nobles aterrorizados se enganchan solícitos en las huestes de sus contrarios y les ayudan á la destrucción. Las orillas del Rhin

vomitán, á su vez, nuevas huestes devastadoras, llevando por enseña un zapato de oro.

Después de los combates vienen las decapitaciones de los vencidos, cuando no vienen los incendios, en que mueren abrasados multitud de campesinos y de nobles alternativamente, según los caprichosos giros de la fortuna y la victoria. Ochocientos prisioneros son violentamente degollados; y en esta carnicería un arzobispo maneja el hacha y siega cabezas, como pudiera segar espigas. Por espacio de mucho tiempo los campos germánicos no tuvieron más abono que las carnes podridas y los huesos en sus surcos enterrados, por esta horrible guerra.

CAPÍTULO IV.

EL IDILIO.

Las noticias de todos estos trágicos sucesos llegaban á Melchor el músico, incitando naturalmente su deseo de arrastrar á Santiaguillo con todas sus gentes á la causa del pueblo, necesitada de la viva fe de su exaltado espíritu y de la fuerza vigorosa de su enorme brazo en la sangrienta cruzada servil. Desesperado por completo de persuadir al joven, fuese á ver á su padre y señor, el viejo posadero, quien le había transmitido á Santiaguillo en vida la posada, y procurádole con tiempo todos los medios de tener una situación holgada y ejercitar un trabajo pródigo y fecundo. El viejo estaba en aquellos momentos pagado de un hijo, por quien tuviera muchas pesadumbres y pasara pésimos ratos en su larga y trabajosa existencia.